



CONSIDERACIONES
FINALES



CONSIDERACIONES FINALES

La información analizada revela un panorama educativo de los adolescentes en la región que dista aún de ser satisfactorio. Si bien en un balance global la proporción de escolarizados es relativamente alta, los niveles de retraso son muy significativos y van deteriorando las trayectorias educativas al punto de que poco menos de la mitad de los adolescentes logra completar el nivel secundario de educación.

Un dato relevante que surge del análisis de las desigualdades en el acceso a la educación es la posibilidad de reconstruir el recorrido que los sistemas educativos llevan a cabo en su expansión. Así, en cada país, la educación secundaria ha estado principalmente dirigida, desde sus orígenes, a los adolescentes provenientes de las clases medias y altas urbanas, y es entre ellos donde se encuentran todavía los mejores indicadores educativos, muy cercanos, en muchos casos, a la universalización.

El camino que se inicia en la región debe conducir desde una escuela media dirigida a sostener el lugar de privilegio de ciertos sectores sociales hacia otra que fortalezca los mecanismos de inclusión social, dé plena integración como ciudadanos a los adolescentes y se materialice en el avance hacia sectores sociales históricamente ausentes de las instituciones educativas. Este Informe, al igual que los anteriores, muestra un fuerte incremento de la escolarización en los sectores urbanos de bajos ingresos y en los rurales. También se perciben avances significativos en la inclusión de sectores sociales históricamente excluidos –no solo de la escuela– como las comunidades indígenas o los pueblos afrodescendientes. Cuanto más se diferencia un grupo social de las clases urbanas integradas, más tardía es su inclusión educativa, y ello se refleja en indicadores cada vez más lejanos de las metas deseadas.

Desigualdades equivalentes se registran en la historias de los sistemas educativos de la región. Así, aquellos que más tempranamente iniciaron su expansión y que lograron una relativa universalización de la educación primaria son los que hoy pueden mostrar los mayores logros en el nivel medio. En cambio, en los países con una expansión más reciente de su educación, la escolarización de los adolescentes es casi una condición necesaria para avanzar en las metas de universalización del nivel primario. Estas desigualdades que se registran entre los países se articulan con aquellas otras propias de cada país, dando al panorama de la región una complejidad mayúscula que invita a desechar diagnósticos sencillos y propuestas ligeras de solución.

Estas complejas expresiones de las desigualdades educativas entre los adolescentes muestran una clara relación con el heterogéneo universo de escenarios que coexisten en América Latina. En una región caracterizada por grandes desigualdades económicas, una gran diversidad cultural, megalópolis que contrastan con zonas casi desérticas, espacios sociales integrados a un mundo crecientemente globalizado con otros estructurados en torno a lógicas ancestrales, la diversidad de escenarios en que se desarrolla la vida cotidiana de los adolescentes es creciente. En estos escenarios se materializan los logros y las dificultades de los sistemas educativos. Los escenarios caracterizados, que resultan del entramado de diferentes grupos de países y niveles sociales, conviven en cada uno de los países de la región. En todos, en mayor o menor medida, coexisten las demandas propias de los sectores más integrados con

las de los sectores excluidos de las grandes capitales y las de comunidades aisladas de los ámbitos rurales.

No debe olvidarse la dimensión material que subyace a estas grandes desigualdades en el acceso. Cabe insistir: en sociedades en las que el acceso al bienestar depende de las posibilidades que cada familia tiene de lograr una inserción adecuada en el mercado de trabajo, la meta de la universalización de una educación secundaria de calidad tiende a ser inviable. Más aún cuando estos mercados de trabajo son altamente excluyentes y competitivos (ver el *Informe SITEAL*, 2007). En un contexto de estas características, las probabilidades que tienen las familias de crear un espacio de protección y estímulo necesario para que un niño ingrese a la escuela y permanezca en ella al menos 12 años están muy desigualmente distribuidas. Para muchas de ellas es imposible; en amplios sectores, la urgencia del presente impone un esquema de prioridades que atenta plenamente contra el proyecto educativo de los niños y adolescentes. Sin duda, la pobreza, la marginalidad, la exclusión social y la caída de los sectores medios que se van desenganchando de los espacios de integración son aspectos de la dinámica social y requieren un lugar de privilegio en la agenda educativa de la región. Para superar estas limitaciones que se derivan de las profundas desigualdades de la región, la meta de universalizar el acceso al conocimiento requiere de políticas públicas que apunten a elevar los niveles de bienestar de una parte importante de las familias de América Latina.

De todos modos, la pobreza no es el único factor que obstaculiza la expansión de la educación secundaria. Hay muchos otros factores que también son parte de esta diversidad de escenarios en que transcurre la vida cotidiana de los adolescentes y representan hoy un verdadero desafío para los sistemas educativos: se hace referencia aquí a todas aquellas expresiones de la nueva dinámica social de la región que configuran los contextos en que tienen lugar las prácticas educativas, que son además los contextos en que nacen, crecen y se socializan las nuevas generaciones.

Las escuelas deben interactuar hoy con adolescentes que nacieron y se criaron en un mundo muy diferente a aquel en que nacieron sus padres y sus maestros. Y más diferente todavía del mundo en el que esas escuelas fueron concebidas. Los adolescentes actuales se socializan en contextos mucho más competitivos, en que los clásicos lazos de cohesión social se ven debilitados, dando lugar a nuevas formas de integración aún poco descifrables. Son escenarios atravesados por una noción de las distancias modificada por el hábito de las experiencias migratorias, las conexiones virtuales, la conformación de comunidades despegadas del territorio, y la disolución de los clásicos límites entre la ruralidad y el espacio urbano. Sus primeras experiencias se dan en contextos en que nuevas formas de violencia tienden a naturalizarse, proponiendo una relación con la muerte hasta ahora inédita. Estos adolescentes son la expresión de una dinámica social aún ininteligible, opaca, en torno a la cual hay todavía muy pocas certezas. Y en ella se configuran nuevas subjetividades, visiones del mundo, valores que convierten a esta nueva generación en un desafío sumamente complejo para los sistemas educativos.

Cada vez más, las escuelas secundarias están llenas de adolescentes que poco tienen que ver con el modelo de alumno para el que fueron pensadas, o para las cuales sus docentes fueron formados. Subyacen a ese profundo cambio en el perfil del alumnado los dos procesos descritos en este *Informe*: por un lado, la expansión de la cobertura, que permitió que ingresen a las aulas adolescentes de sectores sociales históricamente excluidos de ellas; por el otro, el hecho de que los adolescentes de hoy,

independientemente de su origen social o su pertenencia cultural, son diferentes. Esta doble complejidad está presente en la difícil relación entre las instituciones educativas y sus alumnos.

Esta otra cara de la problemática adolescente trasciende a la dimensión económica y representa un nuevo reto: la necesidad de repensar las instituciones orientadas a la educación secundaria, despojarlas de todos los rasgos heredados de su historia de segregación y concebirlas como instituciones integradoras que partan de un profundo conocimiento de esta nueva generación de adolescentes.

Estos dos desafíos, los que hacen referencia a la necesidad de garantizar umbrales básicos de bienestar para crear las condiciones adecuadas para la escolarización de los adolescentes, y a la necesidad de pensar nuevas escuelas que sepan interpretar a los adolescentes y establecer con ellos un diálogo productivo, se expresan de modo diferente en cada escenario, en cada contexto específico. La creciente heterogeneidad de contextos educativos, aun dentro de cada país, es parte de la realidad en la que deben pensarse las políticas sociales y educativas, promoviendo la articulación de mecanismos que garanticen, por un lado, metas universales de integración educativa, pero que, a los efectos de lograr esa meta, tengan especial sensibilidad a las particularidades de esos escenarios, a sus necesidades y sus potencialidades. En este complejo equilibrio entre lo universal de las metas educativas y lo particular de cada una de las múltiples formas que adquieren la adolescencia y sus contextos radica, tal vez, la mayor dificultad que enfrentan hoy los países de la región. ■

